

# Editorial

A fines del siglo XIX y a principios del XX las formas de organización del trabajo humano en las sociedades modernas se construían como un problema. La cercanía de la Comuna de París en la que se había producido una situación significativa para las luchas revolucionarias como lo era la del pueblo en armas, generaba expectativas fuertes tanto como temores. Los trabajadores organizados se podían convertir en el núcleo transformador de la sociedad recordando en sus acciones que había un fantasma que continuaba recorriendo Europa, y podía producir cambios en las relaciones de fuerza política y entonces en la entera organización de la sociedad. Los gobiernos respondían en principio con la fuerza pública a las reivindicaciones obreras que solicitaban cambios en las condiciones de trabajo. El descanso dominical y la jornada de ocho horas eran banderas de esas huelgas. Fue precisamente la lucha por la jornada de ocho horas la que promovió la huelga del 1 de mayo de 1886 en Chicago que en ese día y en días posteriores fue brutalmente reprimida. Allí encarcelaron a activistas de militancia anarquista, cinco de los cuales serían sentenciados a muerte y se convertirían en el símbolo mundial de las luchas de los trabajadores: los llamados mártires de Chicago.

Las ciencias sociales observaron tempranamente el mundo del trabajo en la medida en que estaba asociado a las situaciones de conflictividad descritas. La cuestión social era tema político y también objeto de análisis. En la Argentina en 1904 el gobierno de Julio A. Roca encarga a un médico y abogado conocedor del mundo laboral, un “Informe sobre la situación de las clases obreras en el interior de la república”, texto que se comenta en este número. Cincuenta años antes, en la Europa de los cambios, Marx delineaba un papel fundamental para esta nueva clase trabajadora, el proletariado, caracterizado como un sujeto de cambio histórico. Ese análisis, a dife-

rencia de las visiones románticas más inclusivas como el anarquismo, que recurrían a la más amplia categoría de pueblo, o los oprimidos, consideraba al trabajo moderno como una actividad potencialmente constructora de un colectivo revolucionario. Durkheim preocupado por las transformaciones arrolladoras del mundo industrial a fines del siglo XIX, imaginó una reformulación del pacto amenazado por la complejización de esa sociedad que dejaba atrás viejas solidaridades sostenidas en la tradición. Ese pacto se fundaría sobre una solidaridad, que al decir de Robert Castel, supondría un vínculo problemático que pudiese asegurar la complementariedad de los componentes de una sociedad, a pesar de la complejidad creciente de su organización. Aquí el Estado social era el garante de ese pacto.

El mundo del trabajo como el espacio privilegiado del cambio; el mundo del trabajo como un elemento central en la regulación del conflicto social por parte de un estado que encuentra mecanismos de regulación más allá de la violencia represiva. La segunda posguerra encontraría, claramente en las naciones desarrolladas de occidente y en algunas de sus periferias, un modelo en el que se lograrían altos grados de integración vía la incorporación al trabajo formal de distintos sectores de la población. La clase trabajadora accedía a condiciones de vida que parecían hacer realidad algo del legado de la revolución francesa. Cobertura en salud, vacaciones, horas de trabajo estrictamente reglamentadas que, a medida que terminaban los años cincuenta y surgían los sesentas, se iban transformando en parte de un estilo de vida de los trabajadores.

La reorganización de la economía mundial a partir del consenso de Washington, sumado a los cambios tecnológicos, produjeron grandes cambios en las tasas de empleo y en las condiciones de trabajo de los países que habían participado de esa era de integración de los trabajadores. Esos cambios fueron debilitando la legislación laboral anterior y horadando todas las estructuras colectivas que daban contención y fuerza política a los sectores trabajadores. Antes esos cambios las ciencias sociales dijeron algo. Con mayor o menor sutileza, algunas zonas de ellas no pudieron evitar que el clima de cambios las tornase un tanto proféticas. Ya sea como saludadoras de los mundos nuevos que estarían delineando la vida laboral, o imaginando formas alternativas de respuestas de los trabajadores frente a su condición de subordinados que pierden de golpe beneficios conseguidos con años de lucha.

Pero no se trataba solamente del debilitamiento de los sindicatos, de la legislación laboral, sino también de significativos cambios tecnológicos que producían grandes cambios en la organización del trabajo. Se generaban masas de desempleados y en algunas regiones crecía abrumadoramente el empleo informal. Surgían nuevas posiciones en el mercado de trabajo internacional relativas al conocimiento que algunas zonas de las ciencias sociales verán como expresión más contundente de los cambios. Ya en 1976 Daniel Bell imagina una sociedad en donde estos sectores a los que llamará clase del conocimiento ocuparán papeles relevantes en la reproducción de ese mundo postindustrial. Esta clase del conocimiento estará conformada por “la elite creadora de los científicos y los altos administradores profesionales...(una) clase media de ingenieros y profesorado superior; y el proletariado de técnicos, profesores adjuntos y auxiliares de enseñanza” (Bell, 1976), Gouldner da cuenta de lo que será una nueva clase universal a la que supone no homogénea, sino que, por el contrario la imagina “agrietada” por contradicciones entre la *intelligentia* técnica y los humanistas” (Gouldner, 1980). Pero quizás el más profético de todos, diagnosticador académico y hombre de estado y de los medios, es Robert Reich, sociólogo, quien fuera ministro de Trabajo de Bill Clinton. Dirá Reich: “estamos pasando por una transformación que modificará el sentido de la política y la economía en el siglo venidero. No existirán productos ni tecnologías nacionales, ni siquiera industrias nacionales. Ya no habrá economías nacionales, al menos tal como concebimos hoy la idea. Lo único que persistirá dentro de las fronteras nacionales será la población que compone un país. Los bienes fundamentales de una nación serán la capacidad y destreza de sus ciudadanos. La principal misión política de una nación consistirá en manejarse con las fuerzas centrifugas de la economía mundial que romperán las ataduras que mantienen unidos a los ciudadanos, concediendo cada vez más prosperidad a los más capacitados y diestros, mientras los menos competentes quedarán relegados a un más bajo nivel de vida. (Reich, 1993). En estos diagnósticos, y más específicamente en el de Reich, hay anuncios interesados de mundos nuevos que, efectivamente se construyen sobre análisis del mundo concreto, pero que en tanto es un saludo celebratorio, se dejan de lado, si no se ocultan, las zonas oscuras, problemáticas.

Las ciencias sociales son más efectivas cuando se preocupan por tratar de entender las características de un proceso determinado que cuando ese análisis esta impregnado de climas de anunciación de

nuevos mundos. Este papel que quizás tenga también efectividad política, no es el de una sociología que intenta dar cuenta de la convivencia de distintos mundos, aun cuando exista predominio de uno sobre otros, que no se preocupa por celebrar lo nuevo, sino por preguntarse el significado de ese proceso en determinado sistema social: por sus formas más dinámicas y productivas y por aquellas otras resultado del desplazamiento de formas anteriores de integración. En este número de Apuntes están las preguntas clásicas de las ciencias sociales en relación al mundo del trabajo aplicadas a viejas profesiones y también dirigiéndolas hacia las posiciones celebradas como indicadores de una nueva época y a sus conflictos y nuevas formas de organización sindical. Preguntarse por la génesis de la profesión naval o por las trayectorias sociales que de algún modo explican la “elección” de una profesión de riesgo, nos dicen tanto de las formas complejas de la sociedad contemporánea como abordar, problematizándola, la tesis del trabajo creativo aplicada al trabajo cognitivo contemporáneo que, producto de la hegemonía liberal se incorporó no como hecho a ser analizado, sino como categoría de análisis. Las apuestas de esta revista, reafirmando el específico espacio académico, son claramente políticas y lo son en la medida en que se considera que esa especificidad, la autonomía, en diálogo productivo con distintos sectores de la sociedad, genera desacomodamientos a las agendas convencionales y posee una fuerte potencialidad política en tanto supone una reflexión argumentada sobre las sociedades en las que habitamos.

## Bibliografía

- Bell, D. 1976. *El advenimiento de la sociedad post industrial*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gouldner, A. W. 1980. *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*. Madrid: Alianza Editorial.
- Reich, R. B. 1993. *El trabajo de las naciones. Hacia el capitalismo del siglo XXI*. Buenos Aires: Javier Vergara editor.